

Cuentos policíacos

Edgar Allan Poe

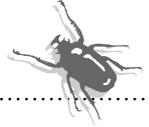


TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Cuentos policíacos

Edgar Allan Poe



Traducción:
Julio Gómez de la Serna

Presentación y apéndice:
Celso Serrano

Ilustración:
Enrique Flores

ANAYA

PRESENTACIÓN

EDGAR ALLAN POE

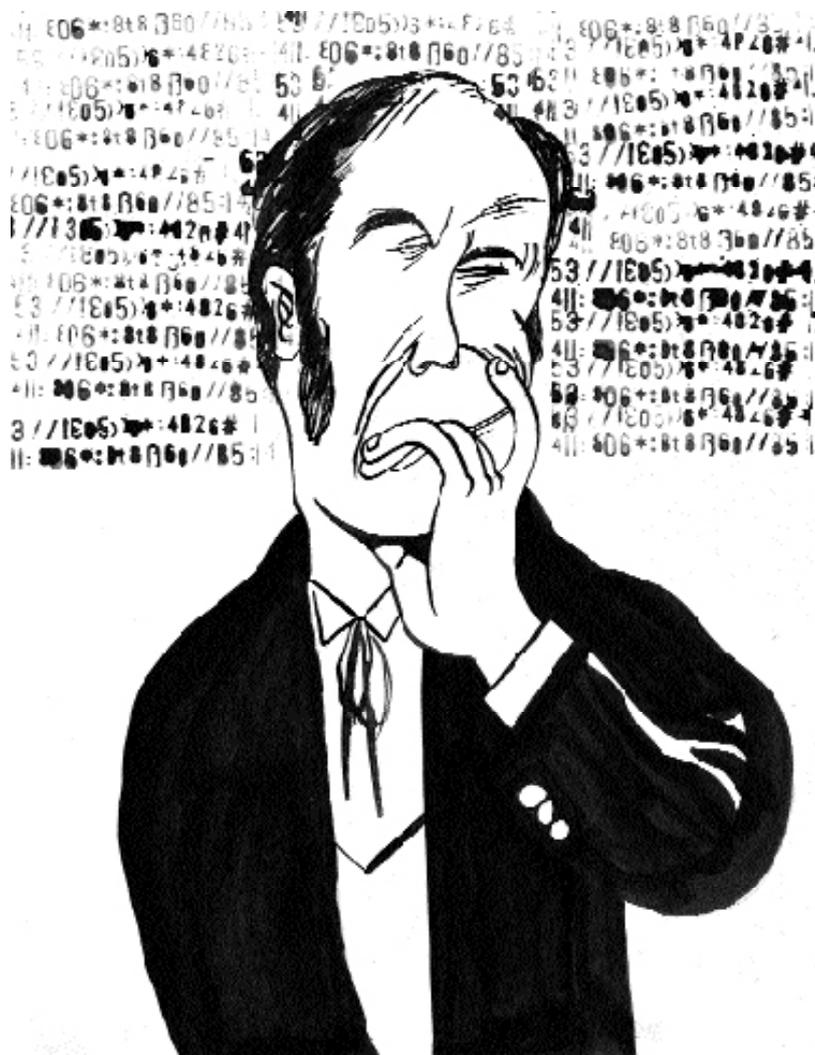
El estadounidense Edgar Allan Poe nació en Boston el 19 de enero de 1809, hijo de un matrimonio de actores. Huérfano a los dos años, fue adoptado por un comerciante de Richmond, John Allan, de quien tomó el apellido. Entre 1815 y 1820 vivió en Escocia y Londres, donde conocería las brumas del Norte mientras aprendía «francés, historia, latín y mucha literatura», sufriendo interno en un pensionado la experiencia de la soledad. De vuelta a América continuó sus estudios y se inscribió en la Universidad de Virginia, pero la abandonó al contraer deudas de juego, que motivaron la ruptura con su padre adoptivo. En 1827 marchó a Boston y publicó su primer libro, Tamerlán y otros poemas, sirviendo en el ejército hasta su ingreso en la academia militar de West Point, de la que acabaría expulsado por mala conducta. Vivió tres años en Baltimore con su tía María Clemm y su prima Virginia en situación de extrema pobreza. Habiendo publicado sin éxito tres libros de versos, en 1832 empezó a escribir prosa de ficción en la prensa, y un año después ganó un premio con su cuento Manuscrito hallado en una botella. En 1835 obtuvo el puesto de redactor en una revista literaria de Richmond, y al año siguiente se casó con su prima Virginia, de trece años, falsificando su fecha de nacimiento. En 1837 se instalaron en Nueva York, donde apareció La narración de Arthur Gordon Pym mientras se trasladaban a Filadelfia. Edgar trabajaría allí con éxito editorial, aumentando la tirada de varias revistas, aunque sin beneficios económicos para el escritor, que acabó siendo despedido por sus problemas con el alcohol. A fines de 1839 saldría el primer volumen de los Cuentos de lo grotesco y lo arabesco, y en 1841, Los crímenes de la rue Morgue, texto fundacional de la novela policíaca, que presenta el prototipo de detective y las convenciones clásicas del género. Conoció a Charles Dickens, y durante varios años proyectó la publicación

de una revista literaria propia, si bien nunca logró capital para financiarla. En 1843 vio premiado otro cuento suyo, El escarabajo de oro, y en 1844, residiendo en Nueva York, publicó La carta robada, con la reaparición del detective Dupin, marcando así otra de las constantes del género policíaco. Con El cuervo y otros poemas obtuvo en 1845 el respeto de los críticos, sin mejorar sus ingresos. La muerte de su esposa dos años más tarde lo sumió en una depresión que trató de combatir con opio y alcohol, agravando su malestar en reiteradas crisis. Sobrevivió dando conferencias y publicando artículos de crítica literaria mientras redactaba Eureka, poema cosmogónico en prosa. En 1849, cuando parecía recuperado y se disponía a casarse con un amor de juventud, fue hallado víctima del delirium tremens en una calle de Baltimore, y el 7 de octubre murió en el hospital.

La obra de Poe abarca la poesía, la ficción narrativa y el ensayo de crítica y de teoría literaria. Como poeta, en sus versos acoge con lucidez las sonoridades y fantasmagorías románticas. Sus artículos críticos disecionan científicamente obras ajenas o explican la génesis de sus propias piezas: en su famoso ensayo Filosofía de la composición detalla la calculada elaboración de su apasionado poema El cuervo. En cuanto a sus relatos breves, si unos, como El gato negro o La caída de la Casa Usher, con el ingrediente del terror y el efecto único de la intriga, renuevan la narrativa gótica del romanticismo, otros, como El escarabajo de oro o Los crímenes de la rue Morgue, por el uso original de su rigor analítico y el dominio de los recursos creativos, proyectan el genio del artista hacia la modernidad.

Celso SERRANO

El escarabajo de oro





¡Hola, hola! ¡Este mozo es un danzante loco! Le ha picado la tarántula.

(*Todo al revés*)¹

Hace muchos años trabé amistad íntima con un tal William Legrand. Era de una antigua familia de hugonotes, y en otro tiempo había sido rico; pero una serie de infortunios habíanle dejado en la miseria. Para evitar la humillación consiguiente a sus desastres, abandonó Nueva Orleans, la ciudad de sus antepasados, y fijó su residencia en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en Carolina del Sur.²

Esta isla es una de las más singulares. Se compone únicamente de arena de mar, y tiene, poco más o menos, tres millas de largo. Su anchura no excede de un cuarto de milla. Está separada del continente por una ensenada apenas perceptible, que fluye a través de un yermo de cañas y légamo, lugar frecuentado por patos silvestres. La vegetación, como puede suponerse, es pobre, o, por lo menos, enana. No se encuentran allí árboles de cierta magnitud. Cerca de la punta occidental, donde se alza el fuerte Moultrie y algunas miserables casuchas de madera habitadas durante el verano por las gentes que huyen del polvo y de las fiebres de Charleston, puede encontrar-

Hugonote:
Calvinista francés.

Milla: Medida
inglesa equivalente
a 1.609,3 metros.

Légamo: Cieno,
lodo pegajoso, limo.

Palmito: Palmera
de tallo corto y

¹ Obra de Charles Dibdin (1745-1814), dramaturgo, compositor, actor y cantante británico, autor de una serie de operetas y canciones marineras muy populares en su época.

² *Nueva Orleans* es la principal ciudad de Luisiana. *Charleston* es una ciudad de Carolina del Sur, junto a una bahía del Atlántico. Fue fundada en 1670 por colonos ingleses, a los que se unieron poco después protestantes franceses.



hojas en abanico, que se emplea para hacer escobas y esteras.

Mirto: Arbusto con hojas blancas muy olorosas.

Pie: Medida equivalente a unos 30 centímetros.

se, es cierto, el palmito erizado; pero la isla entera, a excepción de ese punto occidental, y de un espacio árido y blancuzco que bordea el mar, está cubierta de una espesa maleza de mirto oloroso, tan apreciado por los horticultores ingleses. El arbusto alcanza allí con frecuencia una altura de quince o veinte pies, y forma una casi impenetrable espesura, cargando el aire con su fragancia.

En el lugar más recóndito de esa maleza, no lejos del extremo oriental de la isla, es decir, del más distante, Legrand se había construido él mismo una pequeña cabaña, que ocupaba cuando por primera vez, y de un modo simplemente casual, hice su conocimiento. Éste pronto acabó en amistad, pues se daban en el recluso muchas cualidades que atraían el interés y la estima. Le encontré bien educado, de una singular inteligencia, aunque infestado de misantropía y sujeto a perversas alternativas de entusiasmo y de melancolía. Tenía consigo muchos libros, pero rara vez los utilizaba. Sus principales diversiones eran la caza y la pesca, o vagar a lo largo de la playa, entre los mirtos, en busca de conchas o de ejemplares entomológicos; su colección de éstos hubiera podido suscitar la envidia de un Swammerdam³. En todas estas excursiones iba, por lo general, acompañado de un negro sirviente, llamado Júpiter, que había sido manumitido antes de los reveses de la familia, pero al que no habían podido convencer, ni con amenazas ni con promesas, a abandonar lo que él consideraba su derecho a seguir los pasos de su joven *massa* Will. No es improbable que los parientes de Legrand, juzgando que éste tenía la cabeza algo trastornada, se dedicaran a infundir aquella obstinación en Júpiter, con intención de que vigilase y custodiase al vagabundo.

Misantrópia:
Aversión al trato humano.

Entomológico:
Relativo a los insectos.

Manumitir:
Liberar a un esclavo.

³ Jan Swammerdam (1637-1680), anatomista y zoólogo holandés que se dedicó al estudio de la anatomía y costumbres de los insectos, a los que estudió con microscopios contruidos por él mismo y sobre los que escribió obras consideradas como clásicas.



Los inviernos en la latitud de la isla de Sullivan son rara vez rigurosos, y al finalizar el año resulta un verdadero acontecimiento que se requiera encender fuego. Sin embargo, hacia mediados de octubre de 18..., hubo un día de frío notable. Aquella fecha, antes de la puesta del sol, subí por el camino entre la maleza hacia la cabaña de mi amigo, a quien no había visitado hacía varias semanas, pues residía yo por aquel tiempo en Charleston, a una distancia de nueve millas de la isla, y las facilidades para ir y volver eran mucho menos grandes que hoy en día. Al llegar a la cabaña llamé, como era mi costumbre, y no recibiendo respuesta busqué la llave donde sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Un hermoso fuego llameaba en el hogar. Era una sorpresa, y, por cierto, de las agradables. Me quité el gabán, coloqué un sillón junto a los leños chisporroteantes y aguardé con paciencia el regreso de mis huéspedes.

Poco después de la caída de la tarde llegaron y me dispensaron una acogida muy cordial. Júpiter, riendo de oreja a oreja, bullía preparando unos patos silvestres para la cena. Legrand se hallaba en uno de sus ataques —¿con qué otro término podría llamarse aquello?— de entusiasmo. Había encontrado un bivalvo desconocido que formaba un nuevo género, y, más aún, había cazado y cogido un *scarabaeus*⁴ que creía totalmente nuevo, pero respecto al cual deseaba conocer mi opinión a la mañana siguiente.

Bivalvo:
Molusco con
dos valvas.

—¿Y por qué no esta noche? —pregunté, frotando mis manos ante el fuego y enviando al diablo toda la especie de los *scarabaei*.

—¡Ah, si hubiera yo sabido que estaba usted aquí! —dijo Legrand—. Pero hace mucho tiempo que no le había visto, ¿y cómo iba yo a adivinar que iba usted

⁴ Antiguo nombre del género *Ateuchus*, al que pertenecen los escarabajos peloteros, llamados así porque hunden en el suelo unas bolas de estiércol, en las que la hembra deposita un huevo, destinadas a la alimentación de las larvas.



a visitarme precisamente esta noche? Cuando volvía a casa me encontré al teniente G***, del fuerte, y, sin más ni más, le he dejado el escarabajo: así que le será a usted imposible verlo hasta mañana. Quédese aquí esta noche, y mandaré a Júpiter allí abajo al amanecer. ¡Es la cosa más encantadora de la creación!

—¿El qué? ¿El amanecer?

—¡Qué disparate! ¡No! ¡El escarabajo! Es de un brillante color dorado, aproximadamente del tamaño de una nuez, con dos manchas de un negro azabache: una, cerca de la punta posterior, y la segunda, algo más alargada, en la otra punta. Las *antenas* son...

—No hay *estaño*⁵ en él, *massa* Will, se lo aseguro —interrumpió aquí Júpiter—; el escarabajo es un escarabajo de oro macizo todo él, dentro y por todas partes, salvo las alas; no he visto nunca un escarabajo la mitad de pesado.

—Bueno; supongamos que sea así —replicó Legend, algo más vivamente, según me pareció, de lo que exigía el caso—. ¿Es esto una razón para dejar que se quemen las aves? El color —y se volvió hacia mí— bastaría para justificar la idea de Júpiter. No habrá usted visto nunca un reflejo metálico más brillante que el que emite su caparazón, pero no podrá usted juzgarlo hasta mañana... Entre tanto, intentaré darle una idea de su forma.

Dijo esto sentándose ante una mesita sobre la cual había una pluma y tinta, pero no papel. Buscó un momento en un cajón, sin encontrarlo.

—No importa —dijo, por último—; esto bastará.

Y sacó del bolsillo de su chaleco algo que me pareció un trozo de viejo pergamino muy sucio, e hizo encima una especie de dibujo con la pluma. Mientras

⁵ La pronunciación en inglés de la palabra *antennae* hace que Júpiter crea que se trata de «estaño» (*tin*): *Dey ain't tin is him*. Es un juego de palabras intraducible, por tanto. Téngase en cuenta (máxime en la época en que Poe sitúa este relato) la manera especial de hablar de los negros americanos, cuyo *slang* resulta a veces ininteligible para los propios ingleses o yanquis.



lo hacía permanecí en mi sitio junto al fuego, pues tenía aún mucho frío. Cuando terminó su dibujo me lo entregó sin levantarse. Al cogerlo se oyó un fuerte gruñido, al que siguió un ruido de rascadura en la puerta. Júpiter abrió, y un enorme terranova, perteneciente a Legrand, se precipitó dentro y, echándose sobre mis hombros, me abrumó a caricias, pues yo le había prestado mucha atención en mis visitas anteriores. Cuando acabó de dar brincos, miré el papel, y, a decir verdad, me sentí perplejo ante el dibujo de mi amigo.

Terranova: Especie de perro de aguas, de gran tamaño, pelo largo, sedoso y ondulado, de color blanco, con grandes manchas negras; es muy inteligente.

—Bueno —dije después de contemplarlo unos minutos—; esto *es* un extraño *scarabaeus*, lo confieso, nuevo para mí: no he visto nunca nada parecido antes, a menos que sea un cráneo o una calavera, a lo cual se parece más que a ninguna otra cosa que haya caído bajo *mi* observación.

—¡Una calavera! —repitió Legrand—. ¡Oh, sí! Bueno; tiene ese aspecto indudablemente en el papel. Las dos manchas negras parecen unos ojos, ¿eh? Y la más larga de abajo parece una boca; además, la forma entera es ovalada.

—Quizá sea así —dije—; pero temo que usted no sea un artista, Legrand. Debo esperar a ver el insecto mismo para hacerme una idea de su aspecto.

—En fin, no sé —dijo él, un poco irritado—: dibujo regularmente, o, al menos, *debería* dibujar, pues he tenido buenos maestros, y me jacto de no ser del todo tonto.

—Pero entonces, mi querido compañero, usted bromea —dije; esto es un *cráneo* muy pasable, puedo incluso decir que es un *cráneo excelente*, conforme a las vulgares nociones que tengo acerca de tales ejemplares de la fisiología; y su *scarabaeus* será el más extraño *scarabaeus* del mundo si se parece a esto. Podríamos inventar alguna pequeña superstición muy espeluznante sobre ello. Presumo que va usted a llamar a este insecto *scarabaeus caput hominis*⁶ o algo



por el estilo; hay en las historias naturales muchas denominaciones semejantes. Pero ¿dónde están las *antenas* de que usted habló?

—¡Las *antenas*! —dijo Legrand, que parecía acalorarse inexplicablemente con el tema—. Estoy seguro de que debe usted de ver las *antenas*. Las he hecho tan claras cual lo son en el propio insecto, y presumo que es muy suficiente.

—Bien, bien —dije—; acaso las haya hecho usted y yo no las veo aún.

Y le tendí el papel sin más observaciones, no queriendo irritarle; pero me dejó muy sorprendido el giro que había tomado la cuestión; su mal humor me intrigaba, y en cuanto al dibujo del insecto, allí no había en realidad *antenas visibles*, y el conjunto se *parecía* enteramente a la imagen ordinaria de una calavera.

Recogió el papel, muy malhumorado, y estaba a punto de estrujarlo y de tirarlo, sin duda, al fuego, cuando una mirada casual al dibujo pareció encadenar su atención. En un instante su cara enrojeció intensamente, y luego se quedó muy pálida. Durante algunos minutos, siempre sentado, siguió examinando con minuciosidad el dibujo. A la larga se levantó, cogió una vela de la mesa y fue a sentarse sobre un arca de barco, en el rincón más alejado de la estancia. Allí se puso a examinar con ansiedad el papel, dándole vueltas en todos sentidos. No dijo nada, empero, y su actitud me dejó muy asombrado; pero juzgué prudente no exacerbar con ningún comentario su mal humor creciente. Luego sacó de su bolsillo una cartera, metió con cuidado en ella el papel y lo depositó todo dentro de un escritorio, que cerró con llave. Recobró entonces la calma; pero su primer entusiasmo había desaparecido por completo. Aun así, parecía mucho más abstraído que malhumorado.

⁶ «*Scarabaeus* cabeza de hombre.» (En latín en el original.)



A medida que avanzaba la tarde se mostraba más absorto en un sueño, del que no lograron arrancarle ninguna de mis ocurrencias. Al principio había yo pensado pasar la noche en la cabaña, como hacía con frecuencia antes; pero, viendo a mi huésped en aquella actitud, juzgué más conveniente marcharme. Legrand no me instó a que me quedase; pero, al despedirse de mí, estrechó mi mano con más cordialidad que de costumbre.

Un mes o cosa así después de esto (y durante ese lapso no volví a ver a Legrand), recibí la visita, en Charleston, de su criado Júpiter. No había yo visto nunca al viejo y buen negro tan decaído, y temí que le hubiera sucedido a mi amigo algún serio infortunio.

—Bueno, Júpiter —dije—. ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo está tu amo?

—¡Vaya! A decir verdad, *massa*, no está tan bien como debiera.

—¡Que no está bien! Siento de verdad la noticia. ¿De qué se queja?

—¡Ah, caramba! ¡Ahí está la cosa! No se queja nunca de nada; pero, de todas maneras, está muy malo.

—¡Muy malo, Júpiter! ¿Por qué no lo has dicho en seguida? ¿Está en la cama?

—No, no, no está en la cama. No está bien en ninguna parte, y ahí le aprieta el zapato. Tengo la cabeza trastornada con el pobre *massa* Will.

—Júpiter, quisiera comprender algo de eso que me cuentas. Dices que tu amo está enfermo. ¿No te ha dicho qué tiene?

—Bueno, *massa*; es inútil romperse la cabeza pensando en eso. *Massa* Will dice que no tiene nada; pero entonces ¿por qué va de un lado para otro, con la cabeza baja y la espalda curvada, mirando al suelo, más blanco que una oca? Y haciendo garrapatos todo el tiempo...

—¿Haciendo qué?...